

Cantinga de esponsales

Joaquim María Machado de Assis



Mercosur lee

BRASIL

CANTINGA DE ESPONSALES

JOAQUIM MARÍA MACHADO DE ASSIS

Imagínense que están en 1813, en la iglesia del Carmen, en una de aquellas buenas fiestas antiguas, que eran el único entretenimiento público y todo el arte musical. Si saben qué cosa es una misa cantada, ya pueden imaginar cómo sería una misa cantada en aquellos años remotos. No les llamo la atención sobre los curas y los sacristanes, ni sobre el sermón, ni sobre los ojos de los muchachos cariocas, que ya eran bonitos en esa época, ni sobre las mantillas de las señoras, o los calzones, las cabelleras, las cenefas, las luces, los inciensos, nada. No hablo siquiera de la orquesta, que era excelente; me limito a mostrarles una cabeza blanca, la cabeza de ese viejo que dirige la orquesta, con alma y devoción.

Se llama Romão Pires; tendrá sesenta años, por lo menos. Nació en Valongo, o por ahí. Es buen músico y buen hombre; todos los músicos lo estiman. Maestro Romão es su nombre familiar; y decir familiar y público era la misma cosa en ese oficio y en aquella época.

“Cantinga de esponsales” de Joaquim María Machado de Assis
en *Historias sin fecha*, Centro de Estudios Brasileños, Lima, Perú, 1981

Agradecemos la colaboración de la Embajada de Brasil en Argentina

Imagen de tapa: Mariana Monteserín
Diseño de colección: Campaña Nacional de Lectura

Colección: “Mercosur lee”

Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología

Unidad de Programas Especiales

Campaña Nacional de Lectura

Pizzurno 935. (C1020ACA) Ciudad de Buenos Aires. Tel: (011) 4129 1075
campnacionaldelectura@me.gov.ar - www.me.gov.ar/lees

República Argentina, 2005

"El maestro Romão dirigirá la misa", equivalía decir, años después: "Entra escena el actor João Caetano"; o entonces: "El actor Martinho cantará una de sus mejores arias". Era la sazón exacta, la medida delicada y popular. "¡El maestro Romão dirige la fiesta!" ¿Quién no conocía al maestro Romão?, con su aire circunspecto, la mirada en el piso, la sonrisa triste y el paso lento. Todo eso desaparecía frente a la orquesta; en ese momento la vida se derramaba por todo el cuerpo y todos los gestos del maestro; su mirada se encendía, su sonrisa se iluminaba: era otro. No es que la misa fuera suya; ésta, por ejemplo, que él dirige ahora en la iglesia del Carmen, es de José Mauricio; pero él la dirige con el mismo amor que dedicaría a una misa que fuera suya.

Terminó la fiesta, como si terminara un intenso resplandor, dejando el rostro apenas iluminado por una luz ordinaria. Ya baja del coro, apoyado en su bastón; se dirige a la sacristía a besar la mano de los padres, y acepta un lugar en su mesa. Indiferente y callado. Cenó, salió, caminó hacia la Rua da Mae dos Homens, donde reside, con un negro viejo, papá José, que es como si fuera su madre, y que en este momento conversa con una vecina.

—Ahí viene el maestro Romão, papá José, dijo la vecina.
—¡Eh! Adiós, señora, hasta luego.

Papá José dio un salto, entró en la casa y esperó al señor, que no tardó en entrar con el aire de siempre. La casa no era rica, naturalmente, ni alegre. No había en ella el menor vestigio de una mujer, vieja o joven, ni pajaritos que cantasen, ni flores, ni colores vivos o radiantes. Casa sombría y desnuda. Lo más alegre era un clavicordio, donde el maestro Romão tocaba a veces, estudiando. Sobre una silla, a su lado, algunos papeles con piezas musicales; ninguna suya...

¡Ah! Si el maestro Romão pudiera, sería un gran compositor. Parece que hay dos clases de vocación, las que tienen lengua y las que no la tienen. Las primeras se realizan; las últimas representan una lucha constante y estéril entre el impulso interior y la ausencia de un modo de comunicación con los hombres. La de Romão era de éstas. Tenía la vocación íntima de la música; llevaba dentro muchas óperas y misas, un mundo de armonías nuevas y originales, que no alcanzaba a expresar y poner sobre el papel. Esta era la única causa de la tristeza del maestro Romão. Por supuesto, el vulgo no

se daba cuenta de ello; unos decían esto, otros decían aquello: enfermedad, falta de dinero, algún disgusto antiguo; pero la verdad es esta: la causa de la melancolía del maestro Romão era no poder componer, no poseer el medio para traducir lo que sentía. Y no es que no borronease mucho papel y no interrogase el clavicordio durante horas; pero todo le salía informe, sin idea ni armonía. En los últimos tiempos hasta sentía vergüenza de los vecinos, y no intentaba nada más.

Y, sin embargo, si pudiera, terminaría por lo menos cierta pieza, una cantinga de esponsales comenzada tres días después de casado, en 1779. Su mujer, que tenía entonces veintiún años, y que murió con veintitrés, no era ni bonita ni fea, pero extremadamente simpática, y lo amaba tanto como él a ella. Tres días después de casado, el maestro Romão sintió algo parecido a la inspiración. Ideó entonces el canto esponsalicio, y quiso componerlo; pero la inspiración no pudo salir. Como un pájaro que acaba de ser apresado, y forcejea para vencer las paredes de su jaula, abajo, arriba, impaciente, aterrado, así golpeaba la inspiración de nuestro músico, encerrada en él sin poder salir, sin encontrar una puerta, nada. Algunas notas llegaron a hilvanarse;

él las escribió; obra de una sola hoja de papel, nada más. Insistió al día siguiente, y diez días después, veinte veces durante el tiempo en que estuvo casado. Cuando su mujer murió, él releyó esas primeras notas conyugales, y se sintió aún más triste, por no haber podido fijar en el papel la sensación de la felicidad extinta.

- Papá José, dijo al entrar, hoy me siento enfermo.
- El señor ha comido algo que le ha hecho daño...
- No; ya en la mañana no me sentía bien. Ve a la botica.

El boticario le mandó algo, que él tomó por la noche; al día siguiente, el maestro Romão no se sentía mejor. Hay que decir que él sufría del corazón, molestia grave y crónica. Papá José se quedó aterrado cuando vio que el malestar no había cedido al remedio, ni al reposo, y quiso llamar al médico.

- ¿Para qué?, dijo el maestro. Esto va a pasar.

El día no terminó peor, y soportó bien la noche, no así el negro, que apenas pudo dormir un par de horas. Los vecinos, apenas se enteraron del malestar, no tuvieron otro tema de conversación; los que eran amigos del

maestro fueron a visitarlo. Y le decían que no era nada, que eran achaques de la edad; uno agregaba graciosa-mente que eran sólo mañas, para escapar de las derro-tas que el boticario le infligía en el juego; otro, que eran amores. El maestro Romão sonreía, pero se decía que aquello era el fin.

–Se acabó, pensaba.

Una mañana, cinco días después de la fiesta, el médi-co lo encontró realmente mal; y fue eso lo que él vio en su fisonomía, más allá de las palabras engañosas:

–Esto no es nada; no hay que pensar en músicas...

¡Músicas! Justamente esta palabra del médico dio una idea al maestro. Apenas quedó solo, con su esclavo, abrió la gaveta donde guardaba desde 1779 el can-to esponsalicio comenzado. Releyó esas notas incon-clusas, arrancadas con esfuerzo. Y tuvo entonces un pensamiento singular: rematar la obra, ahora, cueste lo que cueste; cualquier cosa servía, siempre que le per-mitiera dejar un poco de alma en la tierra.

–¿Quién sabe? En 1880 tal vez se toque esto, y se

cuenta que cierto maestro Romão...

El principio del canto remataba en un la; este la, que estaba bien puesto, era la última nota escrita. El maes-tro Romão ordenó que le llevarsen el clavicordio al salón del fondo, que daba a la huerta: necesitaba aire. Vio por la ventana a una pareja de ocho días de matrimonio: es-taban asomados a la ventana del fondo de su casa, con las manos juntas. El maestro Romão sonrió con tristeza.

–Acaban de llegar, dijo él, yo parto. Compondré al me-nos este canto, que ellos podrán tocar...

Se sentó ante el clavicordio, reprodujo las notas y llegó al *la*...

–la, la, la

Nada, no podía continuar. Y, sin embargo, sabía de música como nadie.

–La, do... la, mi... la, si, do, re... re... re...

¡Imposible! Ninguna inspiración. No exigía una pieza profundamente original, pero, en fin, algo que no fue-se de otro y que se vinculase al pensamiento comen-zado. Volvía al principio, repetía las notas, buscaba

recuperar un retazo de la sensación extinguida, recordaba a su mujer, los primeros tiempos. Para completar la ilusión, miraba por la ventana hacia la parejita de recién casados. Ellos seguían allí, las manos juntas, los brazos alrededor de los hombros; con la diferencia de que ahora se miraban, en vez de mirar hacia abajo. El maestro Romão, fatigado por el malestar y la impaciencia, volvía al clavicordio; pero la contemplación de la pareja no había nutrido su inspiración, y las notas siguientes no sonaron.

–La... la... la...

Desesperado, dejó el clavicordio, tomó el papel escrito y lo rompió. En ese instante la muchacha, absorta en la contemplación de su esposo, empezó a cantar inconscientemente algo nunca antes cantado ni sabido, donde un cierto *la* desembocaba en una linda frase musical, justamente la que el maestro Romão había estado buscando durante años sin encontrarla nunca. El maestro la escuchó con tristeza, sacudió la cabeza y, esa misma noche, expiró.

CANTIGA DE ESPONSAIS

JOAQUIM MARÍA MACHADO DE ASSIS

Imagine a leitora que está em 1813, na igreja do Carmo, ouvindo uma daquelas boas festas antigas, que eram todo o recreio público e toda a arte musical. Sabem o que é uma missa cantada; podem imaginar o que seria uma missa cantada daqueles anos remotos. Não lhe chamo a atenção para os padres e os sacristães, nem para o sermão, nem para os olhos das moças cariocas, que já eram bonitos nesse tempo, nem para as mantilhas das senhoras graves, os calções, as cabeleiras, as sanefas, as luzes, os incensos, nada. Não falo sequer da orquestra, que é excelente; limito-me a mostrar-lhes uma cabeça branca, a cabeça desse velho que rege a orquestra, com alma e devoção.

Chama-se Romão Pires; terá sessenta anos, não menos, nasceu no Valongo, ou por esses lados. É bom músico e bom homem; todos os músicos gostam dele. Mestre Romão é o nome familiar; e dizer familiar e público era a mesma coisa em tal matéria e naquele tempo. "Quem rege a missa é mestre Romão "

—equivale a esta outra forma de anúncio, anos depois: "Entra em cena o ator João Caetano"; — ou então: "O ator Martinho cantará uma de suas melhores árias." Era o tempero certo, o chamariz delicado e popular. Mestre Romão rege a festa! Quem não conhecia mestre Romão, com o seu ar circunspecto, olhos no chão, riso triste, e passo demorado? Tudo isso desaparecia à frente da orquestra; então a vida derramava-se por todo o corpo e todos os gestos do mestre; o olhar acendia-se, o riso iluminava-se: era outro. Não que a missa fosse dele; esta, por exemplo, que ele rege agora no Carmo é de José Maurício; mas ele rege-a com o mesmo amor que empregaria, se a missa fosse sua.

Acabou a festa; é como se acabasse um clarão intenso, e deixasse o rosto apenas alumado da luz ordinária. Ei-lo que desce do coro, apoiado na bengala; vai à sacristia beijar a mão aos padres e aceita um lugar à mesa do jantar. Tudo isso indiferente e calado. Jantou, saiu, caminhou para a rua da Mãe dos Homens, onde reside, com um preto velho, pai José, que é a sua verdadeira mãe, e que neste momento conversa com uma vizinha.

—Mestre Romão lá vem, pai José, disse a vizinha.

—Eh! eh! adeus, sinhá, até logo.

Pai José deu um salto, entrou em casa, e esperou o senhor, que daí a pouco entrava com o mesmo ar do costume. A casa não era rica naturalmente; nem alegre. Não tinha o menor vestígio de mulher, velha ou moça, nem passarinhos que cantassem, nem flores, nem cores vivas ou jocundas. Casa sombria e nua. O mais alegre era um cravo, onde o mestre Romão tocava algumas vezes, estudando. Sobre uma cadeira, ao pé, alguns papéis de música; nenhuma dele...

Ah! se mestre Romão pudesse seria um grande compositor. Parece que há duas sortes de vocação, as que têm língua e as que a não têm. As primeiras realizam-se; as últimas representam uma luta constante e estéril entre o impulso interior e a ausência de um modo de comunicação com os homens. Romão era destas. Tinha a vocação íntima da música; trazia dentro de si muitas óperas e missas, um mundo de harmonias novas e originais, que não alcançava exprimir e pôr no papel. Esta era a causa única da tristeza de mestre Romão. Naturalmente o vulgo não atinava com ela; uns diziam isto, outros

aquilo: doença, falta de dinheiro, algum desgosto antigo; mas a verdade é esta: –a causa da melancolia de mestre Romão era não poder compor, não possuir o meio de traduzir o que sentia. Não é que não rabiscasse muito papel e não interrogasse o cravo, durante horas; mas tudo lhe saía informe, sem idéia nem harmonia. Nos últimos tempos tinha até vergonha da vizinhança, e não tentava mais nada.

E, entretanto, se pudesse, acabaria ao menos uma certa peça, um canto esponsalício, começado três dias depois de casado, em 1779. A mulher, que tinha então vinte e um anos, e morreu com vinte e três, não era muito bonita, nem pouco, mas extremamente simpática, e amava-o tanto como ele a ela. Três dias depois de casado, mestre Romão sentiu em si alguma coisa parecida com inspiração. Ideou então o canto esponsalício, e quis compô-lo; mas a inspiração não pôde sair. Como um pássaro que acaba de ser preso, e forceja por transpor as paredes da gaiola, abaixo, acima, impaciente, aterrado, assim batia a inspiração do nosso músico, encerrada nele sem poder sair, sem achar uma porta, nada. Algumas notas chegaram a ligar-se; ele escreveu-as; obra de uma folha de papel,

não mais. Teimou no dia seguinte, dez dias depois, vinte vezes durante o tempo de casado. Quando a mulher morreu, ele releu essas primeiras notas conjugais, e ficou ainda mais triste, por não ter podido fixar no papel a sensação de felicidade extinta.

–Pai José, disse ele ao entrar, sinto-me hoje adoentado.

–Sinhô comeu alguma coisa que fez mal...

–Não; já de manhã não estava bom. Vai à botica...

O boticário mandou alguma coisa, que ele tomou à noite; no dia seguinte mestre Romão não se sentia melhor. É preciso dizer que ele padecia do coração, moléstia grave e crônica. Pai José ficou aterrado, quando viu que o incômodo não cedera ao remédio, nem ao repouso, e quis chamar o médico.

–Para quê? disse o mestre. Isto passa.

O dia não acabou pior; e a noite suportou-a ele bem, não assim o preto, que mal pôde dormir duas horas. A vizinhança, apenas soube do incômodo, não quis outro motivo de palestra; os que entretinham

relações com o mestre foram visitá-lo. E diziam-lhe que não era nada, que eram macacoas do tempo; um acrescentava graciosamente que era manha, para fugir aos capotes que o boticário lhe dava no gamão, — outro que eram amores. Mestre Romão sorria, mas consigo mesmo dizia que era o final.

—Está acabado, pensava ele.

Um dia de manhã, cinco depois da festa, o médico achou-o realmente mal; e foi isso o que ele lhe viu na fisionomia por trás das palavras enganadoras: —Isto não é nada; é preciso não pensar em músicas...

Em músicas! justamente esta palavra do médico deu ao mestre um pensamento. Logo que ficou só, com o escravo, abriu a gaveta onde guardava desde 1779 o canto esponsalício começado. Releu essas notas arrancadas a custo e não concluídas. E então teve uma idéia singular: —rematar a obra agora, fosse como fosse; qualquer coisa servia, uma vez que deixasse um pouco de alma na terra.

—Quem sabe? Em 1880, talvez se toque isto, e se

conte que um mestre Romão...

O princípio do canto rematava em um certo lá; este lá, que lhe caía bem no lugar, era a nota derradeiramente escrita. Mestre Romão ordenou que lhe levassem o cravo para a sala do fundo, que dava para o quintal: era-lhe preciso ar. Pela janela viu na janela dos fundos de outra casa dois casadinhos de oito dias, debruçados, com os braços por cima dos ombros, e duas mãos presas. Mestre Romão sorriu com tristeza.

—Aqueles chegam, disse ele, eu saio. Comporei ao menos este canto que eles poderão tocar...

Sentou-se ao cravo; reproduziu as notas e chegou ao *lá*...

—Lá, lá, lá...

Nada, não passava adiante. E contudo, ele sabia música como gente.

—Lá, dó... lá, mi... lá, si, dó, ré... ré... ré...

Impossível! nenhuma inspiração. Não exigia uma peça profundamente original, mas enfim alguma coisa,

que não fosse de outro e se ligasse ao pensamento começado. Voltava ao princípio, repetia as notas, buscava reaver um retalho da sensação extinta, lembrava-se da mulher, dos primeiros tempos. Para completar a ilusão, deitava os olhos pela janela para o lado dos casadinhos. Estes continuavam ali, com as mãos presas e os braços passados nos ombros um do outro; a diferença é que se miravam agora, em vez de olhar para baixo. Mestre Romão, ofegante da moléstia e de impaciência, tornava ao cravo; mas a vista do casal não lhe supria a inspiração, e as notas seguintes não soavam.

–Lá... lá... lá...

Desesperado, deixou o cravo, pegou do papel escrito e rasgou-o. Nesse momento, a moça embebida no olhar do marido, começou a cantarolar à toa, inconscientemente, uma coisa nunca antes cantada nem sabida, na qual coisa um certo *lá* trazia após si uma linda frase musical, justamente a que mestre Romão procurara durante anos sem achar nunca. O mestre ouviu-a com tristeza, abanou a cabeça, e à noite expirou.

Joaquim María Machado de Assis

Nace en Río de Janeiro, en el Morro do Livramento, el 21 de julio de 1839. Es hijo de un mulato liberto que trabaja de pintor y de una negra, nativa de las Islas Azores, llegada a Brasil en 1836. Su familia vive allegada a la chacra de Livramento cuya propietaria, Doña María José de Mendonça Barroso, persona rica e influyente, oficia de madrina del niño, quien llevará su nombre. Conoce a Francisco de Paula Brito, mulato como él, poeta, librero y editor, además de impresor de la Casa Imperial. Paula Brito es su puente de acceso a la sociedad urbana del Brasil Imperial –Machado es tipógrafo en su editora– y a la escritura: su primer poema aparece publicado en la *Marmota Fluminense*, diario de noticias, variedades y literatura que Brito dirige.

Machado traduce, escribe artículos, crónicas, crítica literaria, cuentos, poesía, teatro. Colabora, entre otros medios, en: *O Paraíba*, *O Correio Mercantil*, *O spelho*, *Journal do Rio de Janeiro*, *Jornal das Famílias*, *Gazeta de Noticias*, *A Semana*.

En 1860 se inicia en la carrera de funcionario; obtiene los cargos de Primer Oficial de la Secretaría de Estado del Ministerio de Agricultura, Comercio y Obras Públicas; Director de la Dirección de Comercio de la Secretaría de Agricultura; Director General de Vialidad.

Paralelamente publica: *Crisálidas* (poesía, 1864); *Contos Fluminenses* (cuentos, 1869); *Ressurreição* (*Resurrección*, novela, 1872); *Historias de meia-noite* (cuentos, 1873); *A mão e a luva* (*La mano y el guante*, novela, 1874); *Helena* (novela, 1876); *Iaiã Garcia* (novela, 1878); *Memórias póstumas de Brás Cubas* (novela, 1881); *Papéis avulsos* (*Papeles sueltos*, cuento, 1882); *Historias sem data* (*Historias sin fecha*, cuentos, 1884); *Quincas Borba* (novela, 1891); *Varias Historias* (cuentos, 1896); *Dom Casmurro* (novela, 1899); *Páginas recolhidas* (*Páginas escogidas*, cuentos, teatro, crónicas, 1899); *Poesía completa* (1901); *Esaú e Jacó* (novela, 1904); *Reliquias da casa velha* (*Reliquias de la casa vieja*, textos y teatro, 1906); *Memorial de Aires* (novela, 1908). A esta extensa lista, hay que agregar su producción dramática y de cronista, reunida más tarde en su *Obra Completa*, (1937).

En 1896 es designado Presidente de la Academia Brasileña de Letras, recientemente creada, cargo que ocupa hasta su muerte en 1908.

En su certificado de defunción consta: “edad 69 años, viudo, natural de esta capital, funcionario público, color blanco”. Como el Joaquim Fidelis, de “Galería póstuma”, ante esta afirmación el mulato genial habrá esbozado una sonrisa sardónica.

Ejemplar de distribución gratuita. Prohibida su venta.



PRESIDENCIA *de la* NACIÓN

MINISTERIO *de*
EDUCACIÓN
CIENCIA y TECNOLOGÍA



Organización
de Estados
Iberoamericanos

Para la Educación,
la Ciencia
y la Cultura

